



El empleo femenino, el más invisible en el sector agrario

La cifra de trabajadoras del campo en Alicante supera las 6.000. Son menos que los hombres, sufren una brecha salarial del 33,5% y tienen dificultades para conciliar la vida laboral y familiar

ROSA CARRIZOSA

08-03-2020

«Siempre hemos plantado, regados, echado abono y cosechado igual que el hombre», aseguran [agricultoras](#) alicantinas reivindicando su papel en el campo.

«Yo vi a mi madre y a mi abuela en los bancales. Decían que ayudaban al marido, cuando, en realidad, estaban trabajando los dos en una tierra de ambos, en su empresa, tanto en pérdidas como en ganancias. Lo que pasaba es que los terrenos estaban a nombre del hombre y era él quien hacía las gestiones. Entre otros muchos avances, hoy ya no tenemos que tener la autorización del marido. Y también podemos ser titulares de una cuenta bancaria», relata Teresa Antón, presidenta provincial de la [Asociación de Mujeres y Familias del Ámbito Rural](#) (Amfar). Antón, que tiene 62 años, habla de unas normativas superadas hace tiempo. Y desde el año 2007, existe una [Ley de Igualdad](#). No obstante, en el campo también siguen manteniéndose [desigualdades](#) y [brechas de género](#), como la salarial. Las trabajadoras del campo de la provincia cobran un 33,5% menos que los hombres. Según datos de la Agencia Tributaria de 2018, a partir de las declaraciones de la renta, el sueldo medio anual de las asalariadas agrarias alicantinas es de 6.272 euros, mientras que el de los hombres se eleva a los 9.435 euros anuales. Hay que tener en cuenta que la mayoría de trabajadores agrarios tiene un contrato fijo-discontinuo.



De la contabilidad al campo

A las hermanas oriolanas Carmen y Míriam Royuela no les convencía la profesión de contable para la que estudiaron y en 2013 se hicieron a agricultoras. Crearon la marca Ecocitrics. Cultivan cítricos en ecológico, pero también en convencional. Tony Sevilla

Además, **en algunos casos todavía continúan siendo titulares de las explotaciones los maridos y son los que se dedican a la comercialización, porque aún se arrastran usos y costumbres sociales de antaño.** «Suelen mirar más al hombre a la hora de hacer negocios», cuenta María Mercedes Antón, de 54 años, que cultiva calabacín, pepino, alfcoz, alcachofa y granada en [Elche](#). Una «agricultora de toda la vida», según se reconoce, que, además, **se enfadó mucho cuando en las recientes protestas agrarias para reivindicar precios justos en el sector «se lo dijeron a mi marido y a mí no, cuando trabajo en el campo igual que él»**, confiesa. Pero ella fue a las movilizaciones, como muchas otras, más mayores y más jóvenes.

Las emprendedoras en los pueblos dinamizan la economía local, pero están alejadas de muchos servicios

Las trayectorias de Teresa y María Mercedes son distintas a las de las hermanas Carmen y Míriam Royuela, oriolanas de 30 y 25 años. Aunque también trabajan en la agricultura, sólo llevan desde 2013 en el sector, cuando lanzaron su marca **Ecocitrics**. Cultivan naranja, limón, mandarina y pomelo en ecológico, pero también en convencional, además de granado.

Comercializan online y por el canal tradicional. Se hicieron emprendedoras agrícolas «al comenzar la crisis de los precios bajos. **Nuestro padre nos animó y nos lanzamos a trabajar en el campo**», cuenta Carmen Royuela. Ahora, las dos hermanas y el padre llevan sus propios negocios, aunque «nos ayudamos entre nosotros», añade.



«Euro para ti, euro para mí»

María Mercedes Antón, agricultora ilicitana de 54 años, trabaja con su marido en el campo y pelea por el reconocimiento del papel de la mujer en el sector agrario, «porque el trabajo y los costes son iguales para los dos», subraya. antonio amorós

VEGA BAJA Y MEDIO VINALOPÓ SOBRE TODO

Estas mujeres son cuatro de las más de 6.300 agricultoras que hay en la provincia afiliadas a la Seguridad Social. Son minoría en el sector, frente los 13.490 hombres, según datos medios anuales de 2018 publicados por la Conselleria de Agricultura. **Algunas de estas productoras son asalariadas, otras autónomas y también las hay que cotizan en el sistema especial agrario.** La Vega Baja y el Medio Vinalopó son las comarcas donde más mujeres se dedican a la [agricultura](#). Hay 2.321 y 1.620, respectivamente. «La mujer siempre ha estado en el campo, pero no ha sido visible», admite la joven Carmen Royuela, quien asegura que no ha tenido dificultades por ser mujer para incorporarse a la agricultura, **«aunque algunas personas sí se extrañan de que nos dediquemos a esto».** Algo similar le pasaba antes a Teresa Antón, de 62 años, que tiene carnet de conducir desde los 18. **«Siempre he cogido el camión y la furgoneta y, al principio, sí veía que algunos hacían alguna broma.** Pero a mí no me importaba. **Tengo dos manos igual que ellos»**, dice tajante. También las hermanas Royuela se sacaron los carnets de tractoristas para poder trabajar en el campo. Antes de dedicarse a la agricultura, estudiaron Contabilidad, pero «no nos convencía», señala Carmen Royuela.

Con el problema de que falla mucho la conexión a internet

Cuando una agricultora vive y trabaja en el campo, encuentra limitaciones diarias para el abastecimiento de comida o para sacar dinero del banco, ya que las tiendas o las entidades financieras suelen estar en ciudades o pueblos más grandes, lo que implica un desplazamiento en coche a mitad o a final de la jornada laboral, según advierte, Teresa Antón, presidenta provincial de la asociación Amfar. Pero, igualmente, les ocurre a los habitantes y emprendedores o emprendedoras de un núcleo urbano pequeño. En estos casos, hay menos comercios, algunos no tienen ni sede bancaria y, por si faltara poco, «falla mucho internet», una herramienta vital para gestionar un negocio, sobre todo, si este es online, denuncian Teresa Antón y Regina Campos, que preside en la Comunidad Fademur. Ambas dirigentes de colectivos de mujeres rurales piden mayor implicación de la Administración con los pueblos que, además, están sufriendo el problema de la despoblación.

Estas agricultoras no hablan de **discriminación**, aunque enumeran algunas desigualdades, como en cualquier otro sector. «Además de trabajar en el campo, tienes que ocuparte de la casa y de los hijos, que siguen siendo patrimonio de la mujer», lamentan Teresa Antón y María Mercedes Antón, que no son hermanas, aunque sí nacidas en Elche. **Unas experiencias que evidencian que la conciliación de la vida laboral y familiar era difícil antes y lo es ahora.** Carmen Royuela tiene pareja y dos niñas. «¿Y cómo lo ha compatibilizado?», se le pregunta. «A las chicas las he tenido conmigo, en la oficina o en el almacén, hasta que han entrado en el cole». **Lo cierto es que trabajar en un medio rural, donde muchos servicios están a varios kilómetros de distancia, dificulta la vida a sus habitantes.** «Antes, incluso, tenías que depender de tu padre o de tu marido para ir al pueblo o a la ciudad. A mí, me abrió el mundo poder conducir», dice muy expresivamente Teresa Antón.



Artesana rural

La pegolina Estela Pons estudió interiorismo y vivió en València, pero volvió al pueblo porque echaba de menos la montaña, y abrió el negocio de artesanía Matilde's Father.

AISLAMIENTO RURAL

Aunque este aislamiento que sufren los habitantes de los pueblos no es nuevo, sí se ha agudizado, en algunos casos, por el problema de la despoblación. Regina Campos lidera en la Comunidad la [Federación de Asociaciones de Mujeres Rurales](#) (Fademur). Y, al igual que Teresa Antón en Amfar, intentan impulsar el papel de la [mujer rural](#) y darle visibilidad, ya que, como emprendedoras, «son dinamizadoras de la economía local», apunta Campos. Fademur aglutina a mujeres empresarias en distintos sectores. Muchos negocios han surgido a raíz de la crisis. «Suelen ser de jóvenes que han estudiado, pero vuelven al pueblo al no encontrar trabajo», cuenta la líder de Fademur, que informa de que la franja de edad de estas emprendedoras está entre los 30 y los 45 años. **También en el sector agrario vuelven mujeres y parejas jóvenes que apuestan por otro modo de vida y cultivan en ecológico.**

✿ A Flourish chart

ONLINE Y EN FERIAS ARTESANAS

Las empresarias rurales abren negocios de bisutería, artesanía o de productos como mermeladas y miel, entre otros. «Suelen vender por internet y también en ferias artesanas, y algunas crean empleo», destaca Campos. Pero, pese a ello, la presidenta de Fademur asegura que tienen muchas limitaciones. La más importante «es la financiera, porque hay pueblos sin bancos y se tienen que desplazar a la ciudad más cercana para hacer gestiones. También las de consultoría, ya que muchas parten de cero», explica Regina Campos.

Una de estas emprendedoras es la pegolina Estela Pons, de 37 años. Una autónoma que se dedica a la artesanía. «Bolsos, carteras, bolsas para carros de bebés o tabaqueras, con la marca Matilde's Father. Son piezas exclusivas», a pedido, según explica. Estudió diseño de interior y, aunque trabajó como tal, «no me fascinaba», alega. Desde que acabó la carrera, a los 23 años, empezó a emprender, primero como interiorista, y, después, abrió una tienda de zapatos en Pego. También estuvo once años viviendo en València, «pero elegí el pueblo, porque cada vez necesitaba más campo». Cuando murió su progenitor, se dio cuenta de que había hecho muchas cosas a mano con sus padres, artesanos y artistas. Ella da visibilidad a su negocio a través de las redes sociales, aunque admite que no es fácil. Al principio, tuvo que contratar una coach «para que me enseñara a planificar y gestionar los horarios».